

Psicoanálisis y Filosofía.
Lacan y Ricoeur: en torno a la escritura, el texto y la psicosis
Iglesias Colillas, Ignacio (UBACyT)

Las definiciones de *escritura* en la obra de Lacan

Lacan hace referencia a la escritura al menos en tres acepciones que conviene distinguir pero que no son absolutamente separables:

1) la *escritura en matemas* entendiendo a la lógica como ciencia de lo Real, es decir, los matemas como fórmulas escritas –como en las matemáticas- que carecen de sentido en sí mismas, y la respectiva reelaboración del concepto de «Inconsciente»;

2) la *escritura con nudos borromeos* entendida como “un hacer que da soporte al pensamiento” y,

3) la *escritura entendida como cierta precipitación del significante*, el acto de escribir sobre una superficie.

1) La *escritura en matemas*: la lógica como ciencia de lo Real, lo Inconsciente como sedimento del goce.

Comencemos analizando la primera acepción: la *escritura en matemas*. A lo largo de toda su obra, de principio a fin, Lacan hace un esfuerzo considerable por abrir, reabrir o fundar un diálogo explícito entre el psicoanálisis y la filosofía, así como también con las ciencias humanas en general y también con las ciencias “duras”. La intención fundamental era lograr escribir un saber transmisible propio del psicoanálisis, utilizando el formato del *matema* o fórmula, que en sí misma carece de significación en tanto escritura de letras.

Siendo que los tres registros son tres dimensiones del dicho (Lacan, 1984), lo Real en este período de su enseñanza es entendido como todo aquello que “no cesa de no escribirse”, como *lo imposible* en términos lógicos, pero también como aquellas letras que la lógica se ocupa de vaciar de sentidos subjetivos para escribir proposiciones.

Esto lleva a Lacan a decir que la formalización de la lógica matemática se sostiene en lo escrito (Lacan, 2001: 112). Por otro lado afirma que “el inconsciente y la lógica son del orden de lo escrito” (Lacan, 1973-74: 89), como paso previo a poder sostener que lo inconsciente puede ser conceptualizado a partir de fórmulas lógicas, es decir vía los matemas. En este sentido la importancia del escrito es cómo la escritura misma del álgebra de las letras “R.S.I.” terminan designando las tres dimensiones del espacio del ser hablante y que en tanto categorías son estrictamente equivalentes. Se pretende así resaltar la dimensión de lo Real –habiendo hecho hincapié durante años en “lo Simbólico”-: “advertir lo que hay de Real en lo Simbólico” (*Ibidem*: 8).

Como se podrá notar, los conceptos de «*Inconsciente*» y de «*escritura*» se van redefiniendo en simultáneo, causándose alteraciones mutuas y bidireccionales. La escritura con matemas tiene según Lacan el valor de centrar lo simbólico (Lacan, 2001: 112-113).

El *saber inconsciente* que se inventa en el análisis, al mismo tiempo que *se inventa, se escribe*. Esto retoma los desarrollos del escrito de 1957 denominado “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”. En este escrito se designaba como *letra* “ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje” (Lacan, 1988: 475) y como “la estructura esencialmente localizada del significante” (*ibidem*: 481).

Sí está claro que tanto en la referencia del seminario 21 (1973-74) como en la de “*La instancia de la letra...*” (1957) la «*escritura*» hace referencia al “**centrar lo Simbólico**” y a la “**localización del significante**”.

Ahora bien, lo Real es lo imposible de ser pensado sin el entrometimiento de lo Simbólico, es más, lo Real se inventa a partir de lo Simbólico (Rabant, 1993).

Si esto es así, tiene que existir entonces un concepto que anude los tres registros – *Real*, *Simbólico* e *Imaginario*, que recordemos que son las dimensiones del ser – hablante-, y a ese concepto Lacan lo denomina «*objeto a*». El «*objeto a*» es homologado en sus funciones con lo que denomina “*Significante – Letra*” (Lacan, 1998: 83).

Este «*Significante – Uno*» (S_1), este “significante – unidad es capital (...). Lo único que está al alcance de la mano es la letra” (*ibidem*: 95) –sostiene Lacan-. Queda abierto así el camino para sostener que es únicamente a partir de la «letra» que tenemos acceso a lo Real.

Parece entonces que «*escritura*», «*letra*» y «*objeto a*» son conceptos que mantienen íntimas relaciones. Es a través de la cara Real del «*objeto a*» que Lacan relaciona este concepto con la escritura. Esta es “una cara que es tan Real como resulte posible, sólo por el hecho de que se escribe. Ven lo que trato de hacer –*sigue Lacan*–: trato de situarles lo escrito como ese borde de lo Real” (*Ibidem*). La «*escritura*» es pensada entonces como una juntura (Lacan, 1998: 95) entre lo Real y lo Simbólico, entre «*Significante – Uno*» (S_1) –*significante – letra*- y el conjunto de los demás significantes (S_2). Esto también esclarece la homología planteada más arriba entre «*Significante – Uno*» (S_1) y «*objeto a*».

Por eso le interesa a Lacan resaltar que lo propio de la lógica como ciencia de lo Real es haber hecho de la “verdad” sólo un valor vacío. Lacan menciona en relación a unos dísticos de Galileo donde éste dejó escritos algunos de sus descubrimientos de los cuerpos celestes: “la letra es en cierto modo inherente a ese pasaje a lo Real (...). Pero al dar pruebas de la fecha de la invención, da pruebas también de la invención misma; la invención es el escrito (...)” (Lacan, 1973-74: 137). *En este sentido, escribir algo es sinónimo de inventarlo, de materializarlo.*

Lo escrito cobra entonces entidad y adviene en soporte, como mínimo en soporte de lo Inconsciente que, como dijimos, también es una “invención” –un *saber* que se inventa, no que se descubre-, y adquiere “entidad” a partir de que se lo escribe:

es lo escrito lo que soporta (...), hay aquí una suerte de entidad de lo escrito (...) [y] es en todo caso hoy lo mejor que encuentro para situar a ustedes la función de lo escrito, a lo cual nos ha introducido nuestra pregunta sobre la entidad de lo escrito (...) para situar el hecho de que se define ante todo por cierta función, por un lugar de borde (Lacan, 2006: 38-41)

–concluye Lacan–.

2) La *escritura con nudos borromeos*: un hacer que da soporte al pensamiento.

Luego de haber explorado distintos objetos topológicos como la “banda de Moëbius”, la botella de Klein, el *cross –cap*, etc., hacia el final de su enseñanza Lacan se interna en la exploración de la teoría de nudos, focalizando su pensamiento particularmente en el nudo borromeo utilizado como modelo del entrelazamiento de los

tres registros. En esta acepción de *escritura* los nudos le permiten a Lacan escribir los hechos lógicos de lo Inconsciente tal como los despejábamos en el apartado anterior: *lo que los nudos escriben son las condiciones del goce de cada ser hablante*.

La escritura así entendida es “un hacer que da soporte al pensamiento (...). El “nudo bo” en cuestión cambia completamente el sentido de la escritura” (Lacan, 2006: 142). Por otra parte, la escritura con nudos borromeos así entendida es Real, está por fuera del sentido: el nudo borromeo entonces “es también una escritura (...). El enigma de la escritura, de la escritura en tanto que puesta de plano, está aquí también al trazar lo que es esencialmente del orden de lo imaginable, o sea esa proyección en el espacio” (Lacan, 1973-74: 122). Esta acepción es autónoma según Lacan de la tercera definición (Lacan, 2006: 142).

Habiendo explorado más o menos en profundidad el concepto de «letra» y habiéndolo relacionado con lo que está por fuera del sentido, se evidencia que la escritura con nudos borromeos “viene de otra parte que del significante” (*Ibidem*: 143) afirma Lacan.

Como se podrá notar hay un estrecho parentesco entre la *escritura con matemas* y la *escritura con nudos borromeos*, ya que en algún sentido se puede sostener que los nudos borromeos aspiran a ser matemas, pero tampoco calzan perfectamente en ellos – en principio porque se trata de distintas topologías- y por eso cabe distinguirlas.

3) La *escritura como cierta precipitación del significante*, el acto de escribir sobre una superficie

Estrictamente hablando, sólo esta acepción alude al acto de escribir sobre una superficie y coincide con el sentido común de “escribir”. Sigamos a Lacan en cómo él mismo separa esta acepción de la escritura de la anterior, de la escritura con nudos borromeos:

el nudo bo cambia completamente el sentido de la escritura. Confiere a dicha escritura una autonomía, tanto más notable cuanto que hay otra escritura, esa que resulta de lo que se podría llamar una precipitación del significante. En ella insistió Derrida, pero es completamente claro que yo le mostré el camino, como ya lo indica suficientemente que no he encontrado otra manera de sostener el significante más que con la escritura de S mayúscula. El significante es lo que queda. Pero lo que se modula en la voz no tiene nada que ver con la escritura (*Ibidem*).

Lacan siempre relacionó el concepto de “Significante” con el material fónico del lenguaje, con lo que *se dice*, no con lo que *se escribe*. Sostuvo que el psicoanálisis consiste en hablar, no en escribir. El psicoanálisis “pasa por cierto número de enunciados. Nada dice que encamine a escribir (...). No está en absoluto decidido que con el psicoanálisis se llegue a escribir. Hablando con propiedad, esto supone una investigación de lo que significa escribir” (*Ibidem*).

También es cierto que la escritura en tanto precipitación del significante en una superficie lleva implícito el problema del espacio y sus dimensiones, ya que “la escritura no se efectúa en un espacio menos especular que los otros. Incluso éste es el principio de ese liadísimo ejercicio llamado palíndromo” (Lacan, 1973-74: 36) –explica el autor.

Solidariamente a la problemática que articula escritura y espacialidad, Lacan sostiene que lo escrito en tanto materia, la materialidad de lo escrito, es algo que constituye «*función – tiempo*» y «*función – superficie*» simultáneamente (*Ibidem*: 137-138), pero no desarrolla estas ideas sino que solamente las menciona.

¿Explicar o comprender? La operación de la lectura según Ricoeur

Si en la hermenéutica de Ricoeur –que va más allá de las nociones de Schleiermacher y Dilthey- se trata de “abandonar decididamente la referencia de la interpretación a la comprensión y dejar de hacer de la interpretación de los monumentos escritos un caso particular de la comprensión de los signos exteriores de un psiquismo interior” (Ricoeur, 2000: 132-133), el «*texto*» mismo viene a situar una *topología de la subjetividad*, en principio porque el psiquismo deja de ser una interioridad que se descifra a partir de signos que se objetivan desde afuera. Dicha subjetividad pareciera emerger en el mismo movimiento o proceso que implica la operación de la lectura.

Esta temática alcanzará su despliegue máximo con la teoría de la *triple mimesis* trabajada por Ricoeur en “*Tiempo y Narración I. configuración del tiempo en el relato histórico*”, especialmente en lo referido al acto de lectura entendido como operación y como momento de un proceso, la “*mimesis III*”.

El concepto de “Mimesis III”, alude precisamente al punto de intersección entre el *mundo del texto* y el *mundo del lector*. El acto de leer acompaña la configuración de la trama y actualiza la capacidad del texto para ser leído. Como dice Ricoeur,

estos rasgos contribuyen particularmente a superar el prejuicio que opone un “dentro” y un “fuera” del texto. En efecto, esta oposición está estrechamente ligada a una concepción estática y cerrada de la estructura del texto solo. La noción de la actividad estructurante, visible en la operación de la construcción de la trama, trasciende esta oposición (*Ibidem*: 147).

La noción de «Texto»: la fijación por la escritura

“Llamamos texto a todo discurso fijado por la escritura. Según esta definición, la fijación por la escritura es constitutiva del texto mismo” (Ricoeur, 2000: 127). Haciendo referencia a la anterioridad tanto psicológica como sociológica del habla en relación con la escritura, Ricoeur sostiene que

lo que fija la escritura es, pues, un discurso que se habría podido decir (...). La fijación por la escritura se produce en el lugar mismo del habla, es decir, en donde el habla habría podido aparecer. Nos podemos preguntar si el texto no es realmente texto cuando no se limita a transcribir un habla anterior, sino cuando inscribe directamente en la letra lo que quiere decir el discurso (*Ibidem*: 128).

Al igual que en “*Tiempo y narración I*”, Ricoeur piensa en las funciones de la lectura como una operación inseparable de la noción de «*texto*».

En relación a las diferencias entre el acto de la lectura y el acto del diálogo, el autor sentencia que

la escritura es una realización comparable al habla (...), una realización que toma su lugar y que de alguna manera la intercepta. Por esta razón podemos decir que lo que llega a la escritura es el discurso en tanto intención de decir, y que la escritura es una inscripción directa de esta intención, aun cuando, histórica y psicológicamente, la escritura comenzó por transcribir gráficamente los signos del habla. Esta liberación de la escritura que la pone en el lugar del habla es el acto de nacimiento del texto (*Ibídem*: 129).

Ahora bien, hay un problema del cual Ricoeur se ocupa tanto en relación al «*texto*» como en relación a la “construcción de la trama” –temas desarrollados en “Tiempo y Narración I”–; es el problema de *la función referencial del texto*. La apuesta de Ricoeur es que la escritura no sólo instala una relación perturbadora en relación al habla –interceptándola– sino que provoca un “trastorno que alcanza a la relación referencial del lenguaje con el mundo cuando el texto toma el lugar del habla” (*Ibídem*).

Cuando un hablante se dirige a otro, dice algo sobre algo, y aquello sobre lo que se está hablando sería el referente de su discurso. La unidad discursiva mínima en la cual está presente esta función referencial es la oración. Según Ricoeur, esta función referencial viene a contrabalancear otra característica inherente al lenguaje que es la de separar los signos de las cosas. Mediante la función referencial, “el lenguaje “reintegra al universo” (...) estos signos que la función simbólica, en su nacimiento, hicieron ausentes en las cosas. Todo discurso se encuentra así vinculado, en alguna medida, al mundo. Pues si no se habla del mundo ¿de qué hablaríamos?” (*Ibídem*: 130). En este punto Ricoeur vuelve a separar lo que ocurre con el acto de lectura y el acto del diálogo, ya que en el diálogo –en la presencia mutua de los hablantes– la relación referencial se produce por una multiplicidad de elementos, por ejemplo la situación, el ambiente, etc. Pero la realidad a la cual remite el discurso, es esta realidad que puede ser mostrada *en torno* –dice Ricoeur– a los hablantes, “en torno de la propia instancia de discurso” (*Ibídem*).

El lenguaje viene equipado con un arsenal de elementos que aseguran este anclaje:

los demostrativos, los adverbios de tiempo y de lugar, los pronombres personales, los tiempos del verbo, y en general todos los indicadores *deícticos* u *ostensivos* sirven para anclar el discurso en la realidad circunstancial que rodea a la instancia de discurso. Así, en el habla viva, el sentido *ideal* de lo que se dice se inclina hacia la referencia *real*, hacia aquello *sobre lo cual* se habla. En el límite, esta referencia real tiende a confundirse con una designación ostensiva donde el habla se une al gesto de mostrar, de hacer ver. El sentido muere en la referencia y ésta en la mostración (*Ibídem*).

Ahora bien, no ocurre lo mismo con el texto. Es este movimiento mismo que va de la referencia a la mostración lo que se encuentra *interceptado* –al mismo tiempo que el texto no permite el “diálogo”-. Aquí entra en juego nuevamente la operación de la lectura: la tarea de la lectura como interpretación será precisamente “efectuar la referencia” (*Ibidem*). Donde la referencia queda diferida –no abolida- el texto se desprende al menos parcialmente del mundo, queda “en el aire”, fuera del mundo. “Tal es la conmoción que afecta al discurso mismo, cuando el movimiento de la referencia hacia la mostración se encuentra interceptado por el texto; las palabras dejan de desaparecer ante las cosas; las palabras escritas devienen palabras por sí mismas” (*Ibidem*).

Estos desarrollos inciden a su vez en la relación del «*texto*» con las subjetividades del autor y del lector.

Creemos saber lo que es el autor de un texto, porque se deriva la idea de la de hablante; el sujeto del habla, dice Benveniste, es el que se designa a sí mismo diciendo “yo”. Cuando el texto toma el lugar de la palabra, ya no hay locutor propiamente hablando, al menos en el sentido de una autodesignación inmediata y directa del que habla en la instancia de discurso. Esta proximidad del sujeto hablante con su propia palabra es sustituida por una relación compleja del autor con el texto que permite decir que el autor es instituido por el texto, que él mismo se sostiene en el espacio de significado trazado e inscripto por la escritura. El texto es el lugar mismo donde el autor adviene (Ricoeur, 2000, 131).

Algunas conclusiones

La hipótesis que quisiéramos formular aquí es que, cuando se trata de pensar imbricadamente la noción de «*texto*» en Ricoeur y la de «*escritura*» en Lacan, ambas doctrinas se enriquecen a la hora de reflexionar sobre las funciones de la escritura en las psicosis, y este marco epistemológico otorga al psicoanálisis mayor precisión metodológica.

Metodológicamente hablando, sería interesante tener la ocasión de abordar los escritos psicóticos en tanto «*textos*» en sentido ricoeuriano, estableciendo nuestras hipótesis psicoanalíticas a partir de ese movimiento de vaivén entre lo escrito y lo que el sujeto psicótico *diga* –hablando- de aquello que escribió; es aquí mismo –como decía Ricoeur- donde se suscita el problema hermenéutico.

Las nociones ricoeurianas permiten cotejar los escritos psicóticos con una metodología clara y pertinente al objeto de estudio en cuestión, sin dejar de lado exigencias metodológicas y epistemológicas, ya que en ciencias humanas “la doctrina es método” (Ricoeur, 2003: 96).

Cierto es que si pretendemos abordar y estudiar lo que los sujetos psicóticos escriben, la noción de «*texto*» de Ricoeur definida como un discurso fijado por la escritura, que inscribe directamente en la letra lo que quiere decir el discurso, que tiene cierto efecto “liberador” en relación al habla, que conmociona la función referencial del habla –donde la tarea de la lectura como interpretación será precisamente “efectuar la

referencia” y producir que las palabras dejen de desaparecer ante las cosas y permitir que las palabras escritas devengan palabras por sí mismas-, se nos aparece como el más pertinente ya que incluye el concepto de «escritura» de Lacan entendido como “cierta precipitación del significante”, pero no lo reduce exclusivamente a ello.

Esto tiene la ventaja teórica de permitir explorar si acaso la escritura en las psicosis –cuando tiene efectos de estabilización- no tendrá la función de *hacer funcionar en simultáneo las tres acepciones de escritura*, si por ello entendemos la posibilidad de “existir” en el espacio abierto por los textos y a través del acto de escribir (en tanto *precipitación del significante*) alcanzar la inscripción de un goce Inconsciente.

Esto implicaría trazar una “escritura” de otro orden, una *escritura – inscripción psíquica* del goce que, en ausencia de *lo Inconsciente* como aquello que en las neurosis cifra el goce –permitiendo ser luego “descifrado” por la intervención analítica-, permite en el «texto» -vía la escritura- suplir esta función, suplir la función de lo Inconsciente en el «texto».

Técnicamente hablando, no habría “Inconsciente” en las psicosis, y esto lleva a muchos sujetos psicóticos a buscar en la escritura algo que homologue a las funciones de cifrado del goce. La escritura suele ocupar ése lugar en dichos sujetos.

¿Será entonces que el «texto» le permite al psicótico instituirse como agente del discurso sin tener que apelar a los *shifters*, evitando la posibilidad de que se le pregunte “¿Quién habla”?

Referencias

Lacan, J. (1973-74). *Los nombres del padre o Los no incautos yerran* (1974-75). El seminario. Libro 21. Inédito.

Lacan, J. (1977-78). *L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre* (1977-78). El seminario. Libro 24. Inédito.

Lacan, J. (1984). *El atolondrado, el atolondradicho o las vueltas dichas* (1972). Escansión 1. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1988). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud* (1957). Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1998). *La tercera* (1974). Intervenciones y textos 2. Buenos Aires: Manantial.

Lacan, J. (2001). *Aún* (1972-73). El seminario. Libro 20. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2006). *El sinthome* (1976-77). El seminario. Libro 23. Buenos Aires: Paidós.

Rabant, C. (1993). *Inventar lo Real. La desestimación entre perversión y psicosis*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Ricoeur, P. (2000). *¿Qué es un texto?* (1970). Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, P. (2003). *Lo consciente y lo inconsciente* (1966). El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, P. (2007). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI.